

LUISA JOSEFINA HERNANDEZ, ESCRITORA INCANSABLE

Por Estela Leñero Franco

Ochenta años de vida y más de cincuenta años de escritura de la maestra Luisa Josefina Hernández, nos abren la puerta para recorrer un sin fin de pasillos y habitaciones llenos de obras de teatro y novelas que hacen de su casa un mundo habitado por personajes riquísimos, cada uno con su drama, pequeños o complejos, pero siempre llenos de vida. Así como ella transitó por el costumbrismo, el realismo, el teatro didáctico, la novela mística o provinciana y uno que otro desliz por la dramaturgia del absurdo o grotowskiana, nosotros nos adentramos en su búsqueda literaria, a veces laberíntica, a veces fotográfica, pero siempre comprometida con el arte de escribir. No hay descanso en el recorrido; el tecleo de su máquina de escribir resuena en nuestros oídos y su mundo se nos revela a través de su riguroso estilo literario.

Luisa Josefina Hernández es una maestra de la técnica dramática heredada de Rodolfo Usigli y enriquecida por los planteamientos de Eric Bentley. Se aboca a respetarlos al pie de la letra y a transmitirlos a sus alumnos. Para cada obra, encuentra el recipiente exacto, género y estilo muy bien definidos, en los que mezcla y condimenta la trama de cada historia. Y no es que sus temas se aboquen a la cocina o al mundo doméstico del que tanto escribían las mujeres de su tiempo. Ella junto con otras escritoras de su tiempo, salen de sus casas y buscan en lo público nuevas historias. Con su sensibilidad, las convierten en letras, palabras y oraciones que van siendo poseídas poco a poco por los otros, diferentes a ellas mismas; universos masculinos, verdades femeninas, realidades más complejas que narrar.

Luisa Josefina Hernández rompe con la tradición de la dramaturgia femenina de los veinte, cuando se consolida el teatro mexicano frente a la influencia española que permeaba en los escenarios. En la época posrevolucionaria *La Comedia Mexicana* era un grupo conformado principalmente por mujeres como Teresa Farías de Isassi, Amalia Castillo Ledón y Concepción Sada, que impulsaron un teatro nacional, pero que su escritura, curiosamente, no traspasaba el ámbito de lo doméstico y solo hablaban de las mujeres en su casa, las relaciones matrimoniales o el divorcio, sin nunca moverlas del lugar en que la sociedad las había colocado. Tal es el caso de Teresa Farías, Catalina D'Erzell o Julieta Guzmán que escribían melodramones de mucho éxito, como ahora lo tienen las telenovelas de Fernanda Villeli.

En esta tradición es en la que se ubican las dramaturgas de los cincuenta, Luisa Josefina Hernández, Maruxa Vilalta, Margarita Urueta, Elena Garro y María Luisa Algarra, las cuales hablan tanto del ámbito público como del privado, pero anteponiendo una visión crítica y liberadora hacia los roles estereotipados. El punto de vista femenino --simplemente porque es mujer la que observa--, no se queda en lo inmediato, sino que indaga tanto en el interior de la persona como en el ámbito que la circunda. Rosario Castellanos, Julieta Campos e Inés Arredondo, en el ámbito de la narrativa, son mujeres destacadas que resquebrajan la visión monolítica masculina y se presentan de igual a igual en el mundo de las letras.

Luisa Josefina Hernández comparte sus búsquedas dramáticas con compañeros de su generación como Sergio Magaña, Emilio Carballido y Jorge Ibarguengoitia, formados en la Facultad de Filosofía y Letras bajo la tutela de Rodolfo Usigli. Sergio Magaña y Emilio Carballido se separaron de él en cuanto Salvador Novo empezó a montarles sus obras de teatro cuando él estaba en la dirección de teatro de Bellas Artes y Luisa Josefina e Ibarguengoitia se mantuvieron fieles al maestro. Fueron ellos a quienes Usigli dejó la cátedra de Teoría y composición dramática al retirarse: Ibarguengoitia como adjunto y Hernández como titular. Ibarguengoitia tenía una gran admiración por Luisa Josefina y decía que él nunca iba a poder ser tan prolífico y disciplinado como ella. Su admiración se mezcló con un amor que no fue correspondido y que plasma indirectamente en varios cuentos como *La mujer que no*, *La ley de Herodes* y *La vela perpetua* (1).

En la época en que Luisa Josefina estaba estudiando en la Facultad de Letras inglesas, Carballido la entusiasmó para que escribiera teatro. Ella escribió su primera obra en 1951, *Aguardiente de caña*, de la cual no se conserva el manuscrito, pero fue con la que se dio a conocer con éxito en la Facultad. Para Carballido, Luisa Josefina es la autora más destacada de su generación, aunque ella piensa que Sergio Magaña era el más sobresaliente y Carballido el que tenía mayor aceptación del público (2). Carballido siguió siendo, hasta su muerte fiel admirador de ella.

Seki Sano, el afamado director teatral que introdujo la técnica de Stanislavsky en México y maestro de la Facultad, vio *Aguardiente de caña* y le pidió a Luisa Josefina Hernández que escribiera una obra de teatro para él (3). Así, en 1953 escribió la pieza *Los sordomudos* que produjo el Instituto Nacional de Bellas Artes en la Sala Chopin con la actriz de cine Alicia Caro y donde plantea el resquebrajamiento del poder patriarcal dentro de una familia. Al año siguiente su comedia *Botica modelo*, fue un

fracaso cuando Celestino Gorostiza la llevó a escena porque, según Emilio Carballido, se estrenó equivocadamente como melodrama (4). Afortunadamente en 1990 el grupo teatral La gaviota la estrenó en el Teatro Benito Juárez dirigida por su hija Mercedes de la Cruz y resultó ser una comedia divertida y de muy buena factura.

La dramaturgia de Luisa Josefina Hernández se caracteriza por la clara estructura que plantea en cada una de sus obras y el desarrollo de la trama responde correctamente a los planteamientos teóricos de género y estilo del maestro Usigli y de sus personales propuestas. En su tiempo defendió el género de la pieza que responde perfectamente a la implementación del realismo que cultivó en la mayor parte de sus obras. La línea que la separa del costumbrismo es muy ligera y esto puede observarse claramente en *Los frutos caídos*, una de sus obras más representativas estrenada en 1957. En ella cuenta la historia de una mujer divorciada que huye de México para evitar que un joven le confiese su amor y aprovecha para recuperar lo que su padre le heredó en aquel lugar alejado de la ciudad y que su tío administraba.

Es interesante observar cómo la autora rompe con el estereotipo de la mujer que se queda en su casa y deciden por ella. Sus personajes femeninos salen en busca de su identidad, actúan, se rebelan frente a cualquier imposición y son amadas por más de un hombre. Los finales pueden traer la infelicidad, el encierro, el equívoco y la soledad, pero siempre la protagonista interviene en su destino. Por ejemplo, en *Afuera llueve*, cuando la protagonista trata de huir con su amado, ya es demasiado tarde y fracasa su intento; en *Harpas blancas... conejos dorados* (dirigida por Héctor Mendoza en 1959), Jacinta tiene una relación amorosa con quien no debe y tiene que renunciar a él; en *Los huéspedes reales* Elena, para deshacerse de su hija, la casa con quien detesta y ésta se suicida.

Los personajes que la autora plantea son complejos, al igual que las circunstancias en los que se desarrollan. Su comportamiento psicológico está muy bien definido y la transformación que sufren a lo largo de la obra, dinamizan la trama. Lo mismo les sucede en las novelas que Luisa Josefina empezó a escribir a finales de los cincuenta, cuando se “aburrió de trabajar en equipo, como sucede en el teatro” (5). Publicó en 1959 *El lugar en donde crece la hierba*, *La plaza del Puerto Santo* en 1961 bajo el sello del Fondo de Cultura Económica y en 1963 *Los palacios desiertos* en Joaquín Mortiz. En estas novelas explora los dramas interiores en que sus personajes se debaten. Ellos parecen seres comunes y corrientes habitando mundos cotidianos y al mismo tiempo los refleja oscuros, sórdidos y con preocupaciones existenciales.

Su novela *Nostalgia de Troya* ganó el Premio Magda Donato en 1971 y en 1982 obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia por su novela *Apocalipsis cum figuris*.

En la narrativa realizó una incansable búsqueda en cuanto a las diferentes estructuras literarias posibles. Fue de lo particular a lo general, de lo personal a lo social, de lo realista a lo mítico. Rosario Castellanos lo expone muy claramente en una entrevista que le hizo a la escritora en 1965:

“Luisa Josefina Hernández es un caso poco frecuente entre los escritores mexicanos porque su trabajo está respaldado por el talento, el sentido crítico y el afán de superación. Cada libro representa un avance en relación con los anteriores, por la destreza que se adquiere en el constante ejercicio, pero, además, por la importancia de los problemas que se tratan, por la profundidad que se alcanza, por la amplitud del horizonte que se abre. En sus primeras narraciones predominaba el tono de la confesión, de la confidencia. Ahora ha salido de sí misma para intentar, de modo sistemático la objetividad”. (6)

El sentido crítico que también caracterizaba a la autora de *Oficio de tinieblas* le permitió cuestionar los juicios de valor que Hernández imprimía al final de sus textos y que no necesariamente se desprendían del corpus de la obra. Esto mismo se aplica a sus obras teatrales didácticas como el *Popol Vuh*, *Quetzalcóatl*, *La fiesta del mulato* y *La paz ficticia* --publicadas por Escenología en 1994--, cuyo fin era, precisamente mostrar al espectador una problemática social que lo llevara a tomar conciencia de la situación y a tener más claridad respecto a lo que es la justicia, el abuso o la opresión. En estas propuestas no solamente recurre a estructuras lineales o simples sino que también utiliza formas más complejas como la simultaneidad de acontecimientos o transposición de tiempos.

Para Luisa Josefina Hernández, las obras didácticas dejaron de tener resonancia en los ochenta pues los ideales socialistas habían desaparecido, ya que los nuevos gobiernos surgidos a raíz de esa ideología, no eran lo esperado. “La gente ya no tiene ganas de estar haciendo un juego de premisas y conclusiones que ya no sirven”, le dijo a Kirsten Nigro en una entrevista hecha en el 1985 para *Latin American Theater Review*.

Luisa Josefina Hernández siguió escribiendo obras de teatro y novelas, teniendo el antecedente de sus estudios en la Universidad de Columbia en Nueva York cuando obtuvo la Beca Rockefeller y el seminario que impartió en Cuba durante un año.

Para muchos la obra de Luisa Josefina Hernández refleja un talento reflexivo en el que elimina toda llamarada sentimental o romántica haciendo que sus obras dramáticas aparezcan con el mejor estilo pero también sobrias y en ocasiones frías. La

crítica especializada resalta las cualidades de una mujer inteligente y perspicaz, con un don gratuito de originalidad.

La mayor cualidad de Luisa Josefina Hernández ha sido el haber formado actores, directores, dramaturgos, narradores y teóricos, en su cátedra de Teoría y composición dramática en la UNAM. Diversas generaciones consideran sus clases teóricas como las más aleccionadoras de su carrera. Para ellos también escribió obras de teatro que les sirvieran como ejercicios o montajes completos, tal es el caso de *La calle de la gran ocasión* o *Historia de un anillo*. Entre sus alumnos más sobresalientes destacan Hugo Argüelles, Juan Tovar, Armando Partida, Luis Moreno, Juan García Ponce, Oscar Villegas y Tomás Espinoza. Su influencia fue tal, que Rafael Solana, crítico teatral en diversas revistas y periódicos, recriminó duramente a Luis Moreno y a Juan García Ponce por escribir sus primeras obras arremedando a la maestra Hernández (7).

Luisa Josefina Hernández es un ejemplo significativo de una mujer que ha dedicado su vida a escribir sin importarle el reconocimiento o el futuro de sus trabajos. Obtuvo diversos reconocimientos por su trayectoria como el Premio Nacional de Artes y Ciencias en Lingüística y Literatura y la Medalla de oro de Bellas Artes; pero su valor radica en el legado a sus alumnos, lectores y espectadores que han podido conocer y aprender de cerca todas las riquezas que esta mujer generosamente, nos ha regalado.

Notas:

1. Leñero Vicente. *Los pasos de Jorge*. Cuadernos de Joaquín Mortiz. México. 1999. p. 33
2. Layera Ramón. *Usigli en el teatro. Testimonio de sus contemporáneos sucesores y discípulos*. Ed. UNAM/CIRTU, 1999, p.151.
3. Molina Javier. “Entrevista a Luisa Josefina Hernández”. En *Revista Tramoya*. 1987. No. 12 y 13, p.40. No. 12 y 13.
4. Emilio Carballido. “Un realismo profundo”, prólogo a la obra *Los frutos caídos* de Luisa Josefina Hernández en *Antología de Teatro mexicano contemporáneo*. Fondo de Cultura Económica. 1991. p.704.
5. Molina Javier, *Ibid*, p.41.
6. Castellanos Rosario. “Entrevista a Luisa Josefina Hernández”. Periódico *Excélsior* 1965, reproducido en *Los becarios del Centro Mexicano de Escritores (1952-1997)* de Martha Domínguez Cuevas. Ed. Aldus. 1999. p.p. 186 y 187.
7. Solana Rafael. *Noches de estreno*. Ediciones Oasis 1963. p.p, 135, 151, 156, 157

Publicado en “Óyeme con los ojos. De Sor Juana al siglo XXI. 21 escritoras mexicanas revolucionarias”. Volumen 2. Universidad Autónoma de Nuevo León. 2010. Pp 70-73 México.